

Tamat

Mediodía en el sur de Argelia, en el Hoggar, un macizo montañoso al oeste del Sahara. Una mujer tuareg se alejaba de su campamento para recoger leña. Era una época sin edad, donde solo el invierno se oponía al verano.

Y, como desde siempre, la necesidad la obligaba a recoger ramas secas para poder cocinar los alimentos de que dispusiera para la cena. Para preparar el escaso festín de toda la familia, la mujer debía además enfrentarse a los peligros del exterior con el fin de recoger aquellos pedazos de madera, esencial para la supervivencia.

Otro día más de calor abrasador, el Este¹ soplaba en ráfagas sobre las lánguidas viviendas del douar y barría vigorosamente las callejuelas que parecían abandonadas. El lugar donde recogía la leña se encontraba próximo, allí donde el desierto terminaba de desnudar la tierra. La mujer caminaba de acá para allá, con la espalda curvada, en busca de la madera que el viento y la naturaleza habían consentido en dejar a su alcance. La desdichada apilaba poco a poco las ramas cerca de un arbusto. Acababa de disponer su gavilla, lista para cargarla sobre sus frágiles hombros, cuando percibió, corriendo en su dirección, a tres tahenchit²... El desierto y el hambre habían

¹ **Este**: el viento no tiene nombre en el Hoggar. Los tuaregs lo desprecian demasiado como para designarlo de otra forma que no sea por su dirección.

² **Tahenchit**: El licaón (*Lycan pictus*) o hiena es un mamífero carnívoro de

guiado inexorablemente a estos perros salvajes hacia su presa. Instintivamente percibió la deleitable ferocidad de sus gargantas descarnadas. Tras soltar la gavilla e invocar a Dios, la mujer trepó con rapidez al árbol más cercano: un tamat³. Rasguñada por las espinas del árbol salvador, miraba desesperadamente a las tres fieras que, con la boca espumosa, le asediaban al pie del árbol en un vaivén infernal... El árbol, esas ramas que seguramente habría recogido, acababan de ofrecerle una última moratoria. Le dio las gracias a Dios.

Pasó el día y cayó la noche. La pobre mujer estaba extenuada. Las gotas de sangre y sudor que la perlaban revivían con regularidad la saña de los carniceros en su ronda cadenciosa. Pero poco a poco, y con la ayuda del frío del desierto, las fieras se fueron adormilando unas contra otras y parecían dormir a los pies del árbol en silencio. Su pestilencia parecía intensificarse... La mujer se movió ostensiblemente en la rama con un equilibrio vulnerable. También deseaba dormir, pero cada vez que el sueño parecía apoderarse de ella, el peso de su cuerpo por poco la hacía caer. Pensaba en los suyos, allá en la aldea, que deberían estar esperándola con desesperación. Poco a poco, el miedo, el frío y la fatiga se apoderaron de ella. Y lentamente, los llantos, temblores y sollozos empezaron a dominar irremediablemente de su cuerpo y su alma. Se la podría haber escuchado desde la aldea... Más de repente, en un instante, bajó la resistencia y se relajó. El destino había tomado una decisión. La había conducido hacia su muerte lejos de la aldea, hacia atroces dolores, devorada por aquellas fieras, su cuerpo despedazado y engullido por unos seres infames en los confines del Sahara. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Se rindió al sueño y cayó...

la familia de los Canidae. Vive exclusivamente en el África subsahariana austral y central, en las estepas y sabanas. También se le llama "lobo pintado" o "perro salvaje africano".

³ **Tamat:** Acacia del Hoggar con forma retorcida con hojas alargadas y espinosas que ofrece poca sombra.

Al derrumbarse emitió un grito aterrador, seguido de otro aún más estridente al tocar el suelo rodeada por los tahenchit. «¡Coged cada uno vuestro bocado!», les gritó, ocultándose la cabeza con los brazos.

Pero los tahenchit, sorprendidos y aterrados por los gritos y los ruidos de la caída, huyeron hacia la fría y oscura lejanía del desierto. La mujer hizo lo mismo hacia la aldea. ¡Inch Allah!